

Lingüística de la experiencia hablante

Pedro M. HURTADO VALERO

Universidad de Málaga

Resumen

No hay discontinuidad entre el saber lingüístico en cuanto competencia que posibilita el habla, y el saber lingüístico en cuanto reflexión sobre la experiencia hablante: el mismo hablar es lingüística *in nuce*. Este artículo ofrece varias muestras de ello, y concluye que debería cultivarse una lingüística que se aleje lo menos posible de la experiencia común, la que el hablante cotidiano posee de su lengua.

PALABRAS CLAVE: Epistemología, experiencia hablante, lingüística «in nuce», lengua, habla, conciencia común.

Abstract

There is no discontinuity between the linguistic knowledge as a competence that makes possible the act of speech, and the linguistic knowledge as a reflection on the experience of speaking: just the action of speaking can be considered a linguistics *in nuce*. This article shows some examples, and it concludes that the linguistic science should not go so far away from the common experience (the experience the ordinary speaker has got about his language).

KEY WORDS: Epistemology, experience of speaking, linguistics «in nuce», language, act of speech.

Resumé

Il n'y a pas de discontinuité entre le savoir langagier en tant que compétence qui rend possible la parole, et le savoir linguistique en tant que réflexion sur l'expérience que le sujet parlant a de son acte: le fait de parler est, en soi même, une

linguistique *in nuce*. Après en avoir présenté plusieurs exemples, cet exposé arrive à la conclusion qu'on devrait cultiver une linguistique qui ne s'éloigne pas trop de la conscience courante, celle que le sujet parlant ordinaire a de sa propre langue.

MOTS-CLÉS: Épistémologie, expérience parlante, linguistique in nuce, langue, parole.

1. El habla como lingüística en ciernes

«La facultad de hablar una lengua determinada implica la facultad de hablar sobre esta misma lengua» —escribe Roman Jakobson— (JAKOBSON, 1975: 71). La palabra es *reflexiva*, se curva sobre sí, como la conciencia que la funda. Ahora bien, nuestra tesis pretende extremar esa consideración: además de poder hablar sobre sí misma, la lengua hace lingüística espontáneamente. El habla común efectúa una *reflexión* lingüística en su discurrir cotidiano, es teoría lingüística *in nuce*.

Saber una lengua, además de un saber la lengua como competencia adquirida, es también un saber *sobre* la lengua como *objeto*. Al hablar, la lengua manifiesta sus elementos y estructuras de dos maneras. En primer lugar, manifestándose en el uso y posibilitando, con ello, la indagación de sus mecanismos; en segundo lugar, segregando espontáneamente y de manera explícita ligeras observaciones sobre su naturaleza. La lengua es, por tanto, doblemente *apofántica*: se muestra en el habla, y produce sobre sí misma una reflexión espontánea que empieza a describirla de manera elemental. Por ello el hablante es ya un lingüista. Como saben los filólogos de lenguas muertas, no es preciso poseer competencia hablante en un determinado idioma para hacer lingüística sobre éste; mas quien posea esa competencia, posee el germen de un saber teórico que anticipa el cultivo explícito de la ciencia lingüística.

Respirar es una condición previa para el fisiólogo que estudia la respiración, pues lo primero es estar vivo; pero respirar es sólo una condición externa para tal investigación, no una condición *transcendental* —en sentido kantiano—. Por eso, el simple respirar no lleva aparejado un saber reflexivo sobre tal función. Sin embargo, en lingüística sincrónica sucede de otro modo, porque hablar —como después demostraremos— es ya hacer lingüística. En fisiología, el respirar es objeto de la investigación, pero no es sujeto de la tarea indagatoria; en la experiencia hablante, por el contrario, se produce un movimiento reflexivo en que aquélla es objeto explorado y sujeto que explora.

Todo saber científico supone un distanciamiento por el que algo se constituye en objeto de tal saber. Ese distanciamiento se cumple sin problemas en la lingüística diacrónica porque, en ella, la lengua viva habla de algo que ya no es ella misma, y esa distancia viene asegurada por el abismo, más o menos amplio, del tiempo. Cuando habla

de su historia, la lengua del momento presente sirve de mero instrumento para hablar de algo distinto; habla de algo que ya no es ella: habla de los procesos que conducen hasta el momento presente, pero que fueron, y por eso ya no son. Al hablar de su diacronía, la lengua habla de unos procesos fosilizados en los estratos del tiempo, como el paleontólogo rastrea los testigos de la cadena filogenética que acaba en su propia especie zoológica. No existe, pues, para la lingüística histórica un problema epistemológico especial: en ella, la lengua actual, la que habla, se distancia de sí para hablar de su pasado como de un simple objeto, para hablar de algo que ya no es sujeto.

Los fundamentos epistemológicos del saber lingüístico diacrónico son los de cualquier ciencia histórica: como saber erudito, acapara datos externos al momento de habla, los somete al tamiz de la crítica y establece conexiones entre ellos para fijar las secuencias de acontecimientos pasados hasta llegar a las mismas puertas de los presentes. Si el diacrónico mira hacia el momento en que habla, lo hace para mirar inmediatamente hacia atrás, o para cerrar los ojos puesto que su misión ha acabado. Por ello, la problemática epistemológica quedó resuelta para la lingüística diacrónica cuando, en el siglo XIX, lo histórico irrumpió en la historia (FOUCAULT, 1988: 214-216, 274 y 286). Así se comprende que esta rama de la investigación lingüística ofrezca hoy un cuerpo teórico bien organizado; aún le quedarán puntos sobre los que deba seguir inquiriendo, pero cuenta con un camino seguro.

Ahora bien, en lingüística sincrónica no existe por naturaleza distanciamiento objetivador: en ella, el sujeto hablante se estudia a sí mismo como objeto. Con razón distinguía Saussure entre el *análisis objetivo* de la lengua, fundado en la historia, y el *análisis subjetivo*, que es «análisis de las unidades de la lengua, que los sujetos hablantes hacen en todo momento» (SAUSSURE, 1973: 293). Y es que, en los estudios sincrónicos, la lengua del momento habla de sí misma y, por ello, la reflexión lingüística forma parte de ese hablar vivo.

Para resolver esa natural ausencia de distancia que, por la coincidencia entre sujeto y objeto, aqueja a la lingüística sincrónica, se recurre a un artificioso dispositivo conceptual. Construyendo marcos teóricos previos —modelos, como hoy se dice hasta la saciedad—, la lengua que habla se reduce a objeto para distanciarse de sí misma como sujeto. Así, el *avance* de la lingüística sincrónica no se ha debido a la constatación de nuevos datos, sino a la elaboración de marcos teóricos que permitían a la lengua seguir hablando de sí a cierta distancia, es decir, constituirse como objeto de estudio. Es la decisión de Saussure de situarse desde el primer momento en el terreno de la lengua; al separar la lengua del habla, se separa «lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental» (SAUSSURE, 1973: 51 y 57).

La distinción entre lengua y habla debe su éxito al hecho de haber vuelto consciente esa maniobra ineludible para el estudio sincrónico; pero, a la vez, en esa oposición se sitúa el origen de algunos fracasos de la teoría lingüística. En efecto, cuan-

to más se distancie la lengua de su realidad palpitante para hablar de sí como un objeto, más corre el peligro de hablar de otra cosa que no es ella misma. ¿Será posible un habla sobre el habla viva sin que nos extraviemos en inánimes artificios?

2. Historia de un alejamiento

Las primeras reflexiones sobre la lengua descansaban en la ingenua epistemología del sentido común: la lengua se percibía como una realidad pragmática sobre la cual el hombre realizaba indagaciones elementales, semejantes a las que hacía en su trato con las cosas: clasificaciones de las palabras, definiciones poco rigurosas para distinguir unos tipos de otros, preguntas sobre el fin para el que sirven los diferentes términos (funcionalismo ingenuo), etc. (ARENS, 1976: 30). La reflexión lingüística o bien se difuminaba en el análisis lógico y metafísico —como en la gramática especulativa medieval—, o bien perseguía un conocimiento utilitario para hablar bien la lengua o para interpretar textos; por eso la verdadera gramática era generalmente un *ars*. Esta concepción de la gramática como *arte* pasa a los renacentistas, los cuales adoptan como marco teórico un modelo práctico: el de la gramática griega y latina, que permite formular los mecanismo de la lengua vernácula de manera más o menos servil, según se advierte en Nebrija (NEBRJA, 1990: 112-113). No había ciencia lingüística aún, pues la idea de arte excusaba de la necesidad de un paradigma tan riguroso.

La reflexión lingüística se dota de un estatuto epistémico superior cuando el hablante se pregunta por las causas. Eso ocurre en la teoría de la elipsis, que lleva a *El Brocense* a desentenderse de la postura ingenua anterior. Por encima del uso y de la autoridad se yergue la naturaleza de las cosas: hay que alejarse de lo que realmente se dice y profundizar en lo que se quiere decir, porque quien realmente habla es la misma Naturaleza (HURTADO, 2000: 115-130). Más tarde, con la caída del realismo, tras el giro cartesiano, la lengua aparece como mera expresión del discurrir del pensamiento (las palabras son representación de otra representación); por eso el gramático indaga de qué modo una lengua analiza el pensamiento, qué ideas corresponden a los elementos lingüísticos y cómo se relacionan éstas entre sí (JOVELLANOS, 1963: 104). El discurrir del pensamiento ocupa el lugar del lenguaje, reducido a simple expresión de aquél; y, en el hablar del lingüista, la lengua se distancia de su ser para hablar de algo que no es ella misma: la Gramática General no hablaba directamente de la lengua.

Con el romanticismo se rompe el plano de la representación mental —según Michel Foucault— para abrir una dimensión honda y oscura que funda el lenguaje en el espíritu inefable del individuo y del pueblo; y con ello aparece lo lingüístico puro como algo irreductible a las cosas y al pensamiento: ya no se comparan las len-

guas por el modo como analizan la representación mental, sino por una organización formal que afecta a la sonoridad del lenguaje (FOUCAULT, 1988: 274-288). Pero esa idea de organización se aplicó en principio a lo más evidente; y lo más evidente en esa época era el acontecer histórico, por lo que la lingüística del momento fue esencialmente diacrónica. Sin embargo, la misma idea de organización que presidía la lingüística histórica —y la biología— y proporcionó interesantes observaciones a Bopp, Grimm, Rask y a otros comparatistas, suministró los requisitos para estudiar la lengua en un momento dado; eso permitió a un lingüista de formación neogramática, como Saussure, concebir la lengua como estructura (SAUSSURE, 1973: 151):

Después de conceder lugar excesivo a la historia, la lingüística volverá al punto de vista estático de la gramática tradicional, pero con espíritu nuevo y con otros procedimientos [...]; el método histórico [...] será el que haga comprender mejor los estados de la lengua.

Se había instaurado un paradigma para el estudio científico de la lengua contemporánea; el habla, como experiencia hablante, quedaba traspuesta a un plano casi transcendental, encarnado en el sistema. Pero tal sistema residía en el espíritu hablante.

El mayor alejamiento de la experiencia se produce después, cuando la figura epistémica del hombre —sujeto hablante— empieza a extinguirse, conforme al diagnóstico de Michel Foucault. Entonces el lingüista extrema su estudio inmanente de la lengua y ésta se reduce a puro mecanismo formal, como ocurre en la Glosemática (ALARCOS, 1969: 12-14 y 17). Con ello queda postergada la experiencia hablante, y entre lengua y habla se abre un abismo apenas disimulado por subterfugios. Con el estructuralismo, el sistema lingüístico se concibe al margen de la historia, pero lo que subyace a la oposición entre ambas perspectivas es la desaparición del fundamento antropológico: ni la lengua ni la historia precisan de un sujeto humano que las funde. La experiencia hablante marcha al destierro, pues quien habla es el código. Ahora bien, la imposición de este paradigma no se debía a las insuficiencias de la lingüística decimonónica, como si ésta hubiera caído en una crisis cada vez más ostensible por el escándalo de sus incoherencias (KUHN, 1975: 113-114); el cambio de óptica sólo se debió a que el lingüista apartaba la mirada conscientemente de la experiencia hablante para elaborar alambicados constructos, distantes de esa experiencia. El modelo estructural que, incubado en la teoría lingüística, se transfiere a otras disciplinas —como se suele decir— se ha desprendido del hombre hablante.

El paroxismo de tal proyecto llegó cuando los generativistas aplicaron al lenguaje común el método axiomático-deductivo que tan fructíferos resultados había recogido en matemática y lógica: ya que la lengua se concebía como un mecanismo que precede al hablante, bastaba con formalizarlo para explicar todo cuanto el

hombre puede decir. Puesto que «el propósito fundamental del análisis lingüístico de una lengua L es el de separar las secuencias *gramaticales* que son oraciones de L, de las secuencias *agramaticales* que no son oraciones de L», «la gramática de L será, pues, un ingenio que genere todas las secuencias gramaticales de L y ninguna de las agramaticales» (CHOMSKY, 1981: 27).

Pero el fracaso estaba prescrito. Dentro del pensamiento lógico-matemático, el teorema de Gödel había revelado en 1935 la imposibilidad de todo proyecto que intentase formalizar un lenguaje de suficiente complejidad: dado un conjunto consistente de axiomas, siempre podrá presentarse alguna fórmula sobre la que no pueda decidirse si se deriva, o no, de ese conjunto, y siempre existirán fórmulas verdaderas dentro del sistema que no podrán derivarse de aquél (NAGEL Y NEWMAN, 1979: 76-77). Aplicando esa tesis a nuestro ámbito, es obvio que, dada cualquier gramática generativa, siempre será posible construir una frase que no pueda explicarse con los componentes de partida; y siempre habrá una oración sobre cuya gramaticalidad no pueda decidirse con arreglo a ellos. Con esto, el objetivo totalizador de esa lingüística se hallaba por naturaleza frustrado. Dibujando cabriolas en el aire, el habla se burla de cualquier molde que intente explicarla por completo, y el formalizador deberá recurrir sin cesar a nuevos presupuestos *ad hoc*. Nos dirán que de ese límite adolece la matemática entera y eso no impide que tal ciencia siga elaborando sus construcciones; pero hay una diferencia: mientras que el pensar matemático construye sus realidades —pues, con sólo formularlas conforme a unas reglas, ya existen—, el modelo lingüístico generativista debe explicar una realidad que existe previamente: la experiencia hablante.

Durante este último tiempo ha sobrevivido, sin embargo, una lingüística que se substraе a los formalismos totalizadores. Dentro de ella, la estilística se propuso estudiar las realizaciones habladas en su singularidad de acontecimientos irrepitibles dentro de la obra artística; con ello el sujeto hablante aparecía en todo su relieve pues —en palabras de Amado Alonso— «a toda particularidad idiomática en el estilo corresponde una particularidad psíquica» (ALONSO, 1965: 78). Estos caminos, tomando el habla en lo que ella es, atenúa los distanciamientos ya que el lingüista sólo habla como continuación de lo hablado. Muchos de estos autores no fueron ciegos a las corrientes formalistas, pero su base teórica se relajaba afortunadamente en los estudios concretos para saborear los matices de la lengua viva.

Los cambios de paradigmas, más que un simple cambio de método, traen consigo la constitución de nuevos objetos de estudio. En las investigaciones sobre la lengua, esto implica un distanciamiento de la experiencia hablante, realidad previa a toda reflexión lingüística. Por nuestra parte, revelada la maniobra causante de la dicotomía *lengua/habla*, intentamos superarla en cualquiera de sus versiones. Y esto debe lograrse sin recurrir a elementos mediadores para rellenar el abismo, los cuales

reconocerían como incuestionable dicha oposición de términos (es lo que sucede al concepto de *norma* propuesto por Coseriu). Sin ser fieles a Derrida, superaremos la dicotomía retrocediendo hasta un punto previo a ella, con lo que evitaremos esos dos términos que se oponen mientras se refuerzan mutuamente (DERRIDA, 1977: 37-38). Lo que encontramos, antes de toda partición, es la viva experiencia hablante que, hablando de cosas, habla espontáneamente de sí misma, y así anula toda distancia artificial entre sujeto y objeto. La oposición entre lengua y habla queda superada por el hablar como experiencia en que la lengua se experimenta a sí misma.

3. El hablar hace lingüística

Todo saber científico produce una ruptura con el saber vulgar gracias a la exactitud de sus métodos y a la observación orientada por marcos teóricos rigurosamente formulados (WARTOFSKY, 1981: 25-26 y 93-96). Pues bien, como saber científico, la reflexión lingüística debió alejarse de la experiencia natural para, en una primera distancia, elaborar su objeto y estatuirse como pensar complejo y sistemático. Sin embargo, mientras que en las otras ciencias el distanciamiento está asegurado por la heterogeneidad entre el polo subjetivo y el objetivo, en lingüística sincrónica —donde el hablar es sujeto y objeto— no ocurre así: al convertirse en objeto teórico, el hablar se aleja artificiosamente del mismo hablar, y emprende vuelos que lo llevan a perder contacto con su realidad hasta convertirse en pura lucubración.

Pero, además, la teoría lingüística no exige distanciarse de la realidad considerada, porque el mismo discurrir del habla espontánea reflexiona sobre sí para patentizarse a sí misma. No hay corte entre el hablar y el hacer teoría lingüística; no hay solución de continuidad entre el saber lingüístico en cuanto competencia que posibilita el habla, y el saber lingüístico en cuanto reflexión sobre la experiencia hablante. De ahí que la fundamentación epistemológica de la lingüística sincrónica no exija el distanciamiento que convierte en objeto al lenguaje.

Por todo esto hemos afirmado que el mismo hablar posee en su interior las raíces de una reflexión teórica. Aquí sí sería posible que, mediante preguntas adecuadas, un lingüista lograra que el inculto esclavo del diálogo platónico construyera una gramática elemental de su lengua analizando su experiencia hablante (sin postulados *innatistas*, claro está). El habla común, en su discurrir espontáneo, hace lingüística: en el habla apuntan los gérmenes de un análisis, que, al desarrollarse mediante reflexión secundaria, da lugar a la ciencia del lenguaje tal como éste se nos presenta en el momento del habla. Y es que la misma lengua, al concretarse en los actos de habla, emplea toda suerte de recursos para mostrar su funcionamiento; y esa mostración forma parte de su modo de funcionar. Por ello, los más fundamen-

tales procedimientos de descripción y explicación lingüística han de reproducir las mismas operaciones que efectúa la lengua en su realizarse.

Se dice que el habla hace lengua; pero hay algo más: el habla misma *hace lingüística*. El teórico sólo ha tenido que definir una nomenclatura para dar aire científico a lo que el hablante *sabía*. Por tanto, debería cultivarse una lingüística que se alejase lo menos posible de la conciencia común, la que el hablante cotidiano posee de su lengua; una lingüística que se desarrolle como experiencia hablante sobre la experiencia hablante misma. En este sentido, la lingüística tradicional violaba este ideal cuando aplicaba los moldes de la lengua latina a la vernácula (hasta Andrés Bello (1981: 124-125) no hallamos una voluntad eficiente para superar esos moldes); pero su falta de rigor, derivada de la mescolanza de criterios, suponía cierto vínculo con la experiencia natural.

El *a priori* de la teoría lingüística sincrónica, su condición transcendental de posibilidad, reside en la función metalingüística del lenguaje verbal; gracias a ella, la lengua se convierte en instrumento de análisis y en objeto de éste. Ahora bien, nuestro planteamiento desborda esa naturaleza metalingüística desde el momento en que supera la oposición entre lengua y habla: no hace falta ningún distanciamiento entre sujeto y objeto ya que la experiencia hablante es un *para-sí*¹. De aquí que la distinción entre lenguaje-objeto y metalenguaje sólo sea imprescindible en el discurso lógico para ahuyentar las paradojas que imposibilitarían el lenguaje lógico mismo. Por ello la experiencia hablante pasa insensiblemente del lenguaje objeto al metalenguaje, y a la inversa, sin que ello ocasione dislocación alguna. Aquí, recogiendo la idea de Niklas Luhmann, podemos decir que el carácter autorreferente de la lengua implica la *auto-observación* del sistema —fuera de toda connotación psicológica—, lo cual fundamenta su carácter *autopoiético* (LUHMANN, 1986: 187-188).

En las líneas siguientes ofreceremos algunas muestras de cómo el hablar, en cuanto experiencia común, reflexiona sobre sí. Eso nos revela que el hablar corriente constituye una reflexión teórica en ciernes: hay actos de habla en que, sin reflexión, la lengua expone y explica su propio funcionamiento.

A) *El hablar inventa métodos de contraste lingüístico:*

El método de la conmutación, básico en la lingüística estructural, ya apunta en el habla espontánea. Al ser la lengua un sistema de diferencias, éstas no sólo posi-

¹ Este planteamiento aparece en cierto tipo de exégesis literaria que defiende una *lingüística del sujeto* frente a la *lingüística del objeto*; ésta nace del mimetismo con la ciencia positiva (Crespillo, 1999: 40).

bilitan su ejercicio, sino que son vividas en la experiencia hablante cotidiana. Así, antes de que Trubetzkoy formulara sus reglas (TRUBETZKOY, 1973: 41), el hablante ya intuía el fonema como diferencia fónica asociada a diferencias de significado. Cuando dice «con *pe* de puerta», alude —bajo el disfraz de una grafía— al fonema como ideal de sonido que el hablante adquiere por modulación progresiva a partir de lo que oye; el hablante alude a una pauta fónica para asegurar el significado de la secuencia, comprendiendo que éste podría perderse si la realización fonética se asemejara a otro modelo. Por su parte, el niño adquiere su sistema fonológico como un juego de diferencias:

—El [pél:o] está comiendo —dice un niño señalando a su perro (para realizar en la pronunciación el fonema vibrante múltiple, articula el sonido [l] alargado).

—¡Pero si los pelos no pueden comer! ¿No ves que están en la cabeza? —responde el adulto mientras se palpa los cabellos sin hacer caso al animal.

Al ver que su oyente no quiere darse por enterado de la distinción fonológica, el niño protesta irritado:

—¡Eso no es un pelo!; ¡eso es un [pél:o]!

En cierto chiste, el bromista sale escaldado por el ingenioso empleo que el embromado le hace de la prueba de conmutación:

—¿Cómo se llama Vd?

—Me llamo [φ]edro [φ]érez —responde el interpelado, un sujeto que realiza el fonema /p/ con un sonido bilabial fricativo sordo, [φ], similar al articulado en algunas zonas de España e Hispanoamérica para el fonema /f/.

—¿Con *pe* o con *efe*? —replica con picardía el funcionario.

—¡Con [φ]e de su [φ]uta madre, con [φ]erdón!

B) *El hablar se analiza espontáneamente:*

Aquel recluta casi analfabeto a quien su alférez preguntó de cuántas partes se compone el fusil, respondió que de dos: de *fu* y de *sil*. Desde luego, la sílaba no ha sido descubierta por el lingüista profesional.

El hablante hace gala de su erudición en rasgos suprasegmentales cuando, al advertir el *tonillo* del recién llegado, indaga su procedencia geográfica. Pero, además, en cuanto al valor pragmático de la línea melódica, define matices que los manuales de fonética no podrían reflejar:

—Lo dijo con este tono [...] —repite la frase aludida intentando imitar la entonación original.

—Que no..., que no. Que lo dijo de esta manera [...].

—Hombre, tú exageras. Lo dijo así [...].

Por otro lado, como observa Saussure, «la idea de raíz [...] es una realidad para la conciencia de los sujetos hablantes» aunque no siempre la aíslan con precisión; las formaciones analógicas indican que el hablante común realiza «análisis espontáneos» por los que distingue los componentes morfológicos de una palabra (SAUSSURE, 1973: 298 y 301). Así, el niño separa el lexema de la parte morfeológica cuando aplica el paradigma al margen de la norma culta (*andé* en vez de *anduve*) o define un limitado subsistema de género (como aquella *mena* que, para referirse a su hermano recién nacido, decía *el neno*). Ningunos morfemas resultan tan evidentes como los facultativos («¡Cuánto *-illo!*» —recriminaba una señora malhumorada a su suegra); por ello vemos a los niños jugar caprichosamente con esos morfemas y con otros que crean a su imagen (preguntado sobre qué comía, uno respondió que «patatas fritas», para añadir entre risas: «patatitas, *patatititas*, *patatotitas*...»). Aprender la lengua materna no es sólo aprender sus elementos y sus reglas de combinación, sino aprender a analizarla, «aprender» lingüística.

Cuando la glosematología clasificó los pleremas recurriendo exclusivamente a los morfemas que aquéllos pueden regir (ALARCOS, 1969: 75-76), sólo tuvo que formalizar la experiencia que el hablante vive desde muy pronto. Aunque los morfemas gramaticales y derivativos empleados por el pequeño hablante no se ajusten siempre al sistema, pocos errores comete en la categorización gramatical: a un lexema verbal nunca aplicará morfemas nominales, ni a un demostrativo unirá afijos². Los pleremas van siendo adquiridos agrupándose en categorías según su capacidad de regir determinados tipos de morfemas.

El crucigrama descubre la doble articulación del lenguaje humano, aunque imperfectamente, ya que transcurre en el plano de la escritura como si de un sistema autónomo se tratara. Haciendo que los grafemas —esos elementos de significante gráfico— jueguen impulsados por no se sabe qué plan, emerge por sorpresa el prodigio del significado en la primera articulación.

C) *El hablar elabora síntesis lingüísticas:*

Entre el monema y la oración se encuentra el sintagma como grupo funcional dentro de ésta. El hablante intuye esa estructuración mediante el *sirrema*, que equivale a un sintagma fónico con el cual se segmenta espontáneamente la oración según organizamos su significado y su ritmo. Así, la tendencia a unir en la pronun-

² En su aprendizaje lingüístico, el niño usa los marcadores gramaticales «en forma semánticamente sensata» (Dale, 1980: 204).

ciación el determinante y el nombre, el núcleo nominal y su adyacente adjetivo o preposicional, o el verbo y su complemento, expresa ya una rudimentaria segmentación sintagmática por parte del hablante común. El juego de los sirremas aparece explícitamente en el calambur popular, donde el modo de segmentar la frase no es sólo un proceso de síntesis y análisis, sino también un principio de producción semántica.

Esto se advierte cuando el habla popular forma motes: expresiones como «Allanacerros», «Salsipuedes», «Bocanegra», «Chupaitira», etc., muestran la experiencia de delimitar sintagmas espontáneamente en medio del discurso. La unidad sintagmática resulta tan obvia que el hablante común evita incisos que separen el núcleo de sus adyacentes; y, salvo en los mensajes interrumpidos, sus enunciados sin estructura oracional suelen respetar los límites del sintagma, como ocurre en las respuestas (—¿Dónde está tu madre? —*En casa*). En fin, el carácter bimembre de los refranes, reflejado mediante la pausa, muestra un acto de fragmentación sintagmática («Casa con dos puertas, mala es de guardar»).

El habla espontánea revela lo discutible del concepto de palabra, que sólo ofrece límites claros cuando se recurre al sistema vicario de la escritura. El hablante común, no condicionado por el molde gráfico, sólo distingue secuencias en que los monemas se aglutinan según las exigencias del ritmo y de la estructura sintáctica para expresar cierta unidad intencional. No nos extraña, pues, que el hablante sin instrucción, al escribir, elabore sirremas y no palabras; probablemente, la palabra carece de razón en el sistema (URIBEETXEBARRÍA, 1992: 312).

D) *Hablando de sintaxis:*

El habla común describe la concordancia y la rección con actos explícitos. Si, en un grupo de pequeños, a alguno se le ocurre decir *la sillón*, no faltará un gramatiquillo que le venga con un «eso no pega». Bastaría con proponerles una relación de expresiones que no *peguen*, para que formularan una teoría completa de la concordancia gramatical.

Cuando la *gramática categorial* define el determinante como categoría que, antepuesta a un nombre, da lugar a un nuevo nombre (o locución nominal) (LYONS, 1971: 239), sólo explicita lo que el habla corriente ya ha intuitido. No es casual que el casi analfabeto tienda a escribir uniendo el artículo al sustantivo actualizado por él. La fusión del artículo con el sustantivo para dar lugar a un nombre propio (*Eldorado*, *Lacalle*...) es razón suficiente para que el lingüística considere al primero como un morfema gramatical.

E) El habla juega con el significado:

Aparte de emplear las posibilidades expresivas de las palabras polisémicas, el hablante señala explícitamente la naturaleza semántica de tales términos cuando juega con la *segunda* intención (nunca mejor dicho):

—Mamá, el abuelito está malo.

—Pues apártalo y cómete sólo las patatas.

La busca de palabras en ciertos juegos infantiles presupone conceptos como el de campo semántico, sema y semantema. El niño lo muestra, naturalmente, hablando sobre cosas, pues en la mirada ingenua las palabras son etiquetas que clasifican los referentes; pero, puesto que la realidad de que hablamos se encuentra formalizada por la lengua, esos pasatiempos equivalen a una indagación sobre el significado. Cuando uno de los jugadores va proponiendo, paso a paso, los rasgos de un objeto para que los demás lo descubran, está proporcionando un conjunto de semas, formalizados por el idioma, para que completen el semantema y encuentren el nombre (un proceder onomasiológico disfrazado por el discurso sobre las cosas). En cualquier caso, el semantema aparece como significado completo de la palabra, compuesto de rasgos sémicos más elementales.

En juegos como éste se realiza la acción de clasificar; pero hacer esto, por mucho que no lo crean los semantistas, equivale a agrupar en campos semánticos los significados conocidos por el niño. Así, cuando, a la sugerencia *Es un árbol*, el jugador busca en su repertorio léxico aquellas palabras cuyo significado cae bajo el de la propuesta, está buscando, con la vista puesta en un archisemema o hiperónimo, los hipónimos posibles. El lingüista no ha tenido más que formular definiciones rigurosas y sistematizar las intuiciones de la experiencia común.

F) Actos metalingüísticos:

La lengua no sólo habla de la lengua, sino que también *se estudia* a sí misma; y esto ocurre tanto en la tarea del lingüista como en el habla espontánea. Los padres y allegados se erigen en los primeros gramáticos que el niño conoce. Cuando, ante una expresión poco gramatical o confusa, el adulto exclama «*qué*» o «*cómo*», la experiencia hablante del niño vuelve sobre sí mediante una acción refleja, examina lo dicho y lo que podría decir, y toma consciencia del código. Cada vez que desecha un uso incorrecto, el código pasa a primer término como objeto de su atención. No es que el pequeño hablante recurra a un repertorio de comportamientos aprendidos para dar la respuesta adecuada —como diría el conductista rígido—, sino que busca en su código las posibilidades que éste va abriéndole. He aquí el motivo de

que la gramática elemental tienda a ser normativa: al fin y al cabo, la primera actividad del gramático natural que reside en cada hablante consiste en condenar al destierro las expresiones que no considera acertadas para la comunicación.

4. Conclusión

La reflexión lingüística, radicada en la experiencia hablante desde su principio, se ha desarrollado hasta desembocar en una actividad teórica sofisticada que a veces olvida su origen y fundamento. Eso ocurre particularmente cuando consagra moldes conceptuales demasiado distantes de la experiencia común. Tales modelos, que funcionan bien para explicar otro tipo de fenómenos, incurren en un mimetismo torpe si se los trasplanta servilmente a la reflexión sobre el lenguaje (CRESPILO, 1986). La lingüística siempre se ha alimentado de un distanciamiento, cada vez más acusado, de la experiencia hablante común y, so pretexto de exactitud científica, tiende a ocultar el carácter fundacional de dicha experiencia. Pero de esas operaciones manipuladoras que pretenden reducir el carácter singular de la experiencia hablante, el hablar se burla con actos que trituran cualquier molde exacto; y vuelve a hacerlo cada vez que, con nuevas argucias, el lingüista complica su teoría para reducir el carácter aventurero de la lengua.

Más allá de una *lingüística del habla* donde ésta última aparece como simple objeto de teoría, es preciso que el habla se instituya en auténtico sujeto de la reflexión. Pues mientras que, en el resto de los saberes, hacer ciencia exige un distanciamiento de la actitud natural, la lingüística consiste en experiencia hablante que actúa como sujeto y objeto. De aquí se sigue una consecuencia pedagógica: la explicación lingüística que se cultiva en las aulas debería obrar como prolongación, de la experiencia hablante que el alumno posee; y esto, porque tal experiencia contiene una reflexión primeriza del hablar sobre sí mismo. Precisamente la actual lingüística del discurso oral supone un retorno a la lengua como experiencia de habla, frente al tradicional estudio del sistema (CORTÉS RODRÍGUEZ, 1994: 11-12 y 25-27).

Referencias bibliográficas

- ALARCOS LLORACH, E. (1969): *Gramática estructural*, Madrid, Gredos.
ALONSO, A. (1965): *Materia y forma en poesía*, Madrid, Gredos.
ARENS, H. (1976): *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, vol. I, Madrid, Gredos.

- BELLO, A. (1981): *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, ed. de R. Trujillo, Santa Cruz de Tenerife, Instituto de Investigación «Andrés Bello» y Cabil-
do Insular de Tenerife.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, L. (1994): *Tendencias actuales en el español hablado*, Universidad de Almería.
- CHOMSKY, N. (1981): *Estructuras sintácticas*, México, Siglo XXI.
- CRESPILLO, M. (1986): *Historia y mito de la lingüística transformatoria*, Madrid, Taurus.
- , (1999): «El problema de la interpretación filológica». En *La idea del límite en filología*, 15-53, *Analecta Malacitana*, Anejo 22.
- DALE, Ph. S. (1980): *Desarrollo del lenguaje*, México, Trillas.
- DERRIDA, J. (1977): *Posiciones*, Valencia, Pre-textos.
- FOUCAULT, M. (1988): *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.
- HURTADO VALERO, P. M. (2000): «Las ideas lingüísticas españolas en la episteme renacentista a la luz de la arqueología de Michel Foucault», *Analecta Malacitana*, XXIII/1, 115-130.
- JAKOBSON, R. (1975): *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral.
- JOVELLANOS, G. M. de (1963): «Curso de Humanidades». En *Obras publicadas e inéditas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, vol. I, 101-150, ed. de C. Nocedal, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles.
- KUHN, Th. S. (1975): *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- LUHMANN, N. (1986): «The Autopoiesis of Social Systems». En *Sociocybernetic Paradoxes. Observation, Control and Evolution of Self-steering Systems*. GEYER, F. y J. VAN DER ZOUVEN (eds.), 172-192, Londres, Sage Publications.
- LYONS, J. (1971): *Introducción en la lingüística teórica*, Barcelona, Teide.
- NAGEL, E. y J. R. NEWMAN (1979): *El teorema de Gödel*, Madrid, Tecnos.
- NEBRIJA, A. de (1990): *Gramática de la lengua castellana*, ed. de A. Quilis, Madrid, Centro de Estudios «Ramón Areces».
- SAUSSURE, F. de (1973): *Curso de lingüística general*, B. Aires, Losada.
- TRUBETZKOY, N. S. (1973): *Principios de fonología*, Madrid, Cincel.
- URIBEETXEBARRÍA, T. (1992): *Palabras y lengua*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- WARTOFSKY, M. W. (1981): *Introducción a la teoría de la ciencia*, Madrid, Alianza editorial.